

SOPA DE LIBROS

Joles Sennell

La guía fantástica

Ilustraciones
de Max



ANAYA



Primera parte

EL ÚLTIMO UNICÓRNALO

—¿Cuánto pide usted por este libro? —el hombre, desde el fondo de la tienda, me miró por encima de unos anteojos que le bailaban en la punta de la nariz. Y en lugar de decirme «tanto», me contestó a la galleta:

—Vamos a ver... ¿le parece a usted un libro con mucha letra?

La pregunta me cogió por sorpresa y respondí sin pensar:

—La letra que suele haber en un libro...

—¡Por fin! —fue la extraña respuesta del tendero.

Se acercó hasta donde yo estaba, me miró detenidamente, casi de una manera impertinente y al cabo de unos segundos añadió:

—Puede llevárselo.

—Pero ¿cuánto vale? —insistí yo, bastante desconcertado.

—No se preocupe por el precio, amigo. En este caso el precio no cuenta —me respondió—. Espere un momento, por favor...

Volvió al fondo de la tienda, donde había una mesa que le servía de escritorio, arregló los papeles que había por encima, sacó una llave de un cajón, apagó las luces y, con un gesto, me indicó que saliera a la calle. Yo lo contemplaba atónito, con el libro aún en mis manos, mientras él cerraba la tienda, silbando y, al parecer, de muy buen humor. Una vez hubo cerrado, se volvió hacia mí y frotándose las manos me dijo:

—Son más de las doce y los días de fiesta apenas viene nadie... En realidad, si he de serle sincero, nunca viene mucha gente a mi tienda... Quiero decir que las ventas que pueda perder por cerrar un poco antes no me harán más pobre de lo que soy. Vamos, le invito a tomar algo...

Este curioso diálogo había tenido lugar en una tienda de trastos viejos, donde fui a parar siguiendo el consejo de unos amigos que me habían asegurado que dicha tienda era un lugar ideal para ir a fisgonear, y en el que, rebuscando bien, podían encontrarse, a buen precio, las cosas más interesantes e insospechadas.

Fui allí un domingo por la mañana. No me fue nada fácil encontrar la tienda, ya que estaba metida en una callejuela oscura y estrecha en la parte antigua de la ciudad de Orilal, donde yo vivía entonces. Pero al fin la encontré y estuve un buen rato mirando estanterías, cestas y cajas repletas de los objetos más variopintos, sin encontrar nada que me gustara. Ya me había hecho a la idea de irme con las manos vacías, cuando vi, sobre una mesa, entre postales antiguas, revistas ilustradas del año de la nana, álbumes de fotos y cuadernos escolares que ya amarilleaban, un libro viejo y sobado con cubiertas de pergamino. Lo hojeé y me pareció, por alguna frase que pesqué al vuelo, que podía resultar divertido. Me interesó, aunque esta clase de libros antiguos suelen ser muy caros, y yo, a decir verdad, en aquel momento no disponía de mucho dinero.

Estaba calculando cuánto me pedirían por él, cuando me di cuenta de que el hombre de la tienda me observaba en silencio desde la trastienda. Tenía el aspecto de ser una persona afable y cordial, pero su mirada insistente me incomodaba un poco. Fue en este momento cuando le pregunté por el precio del libro, y él me contestó de la manera tan desconcertante que ya he explicado.



Terminamos en una cafetería que había por allí cerca. El tendero llevaba una camisa blanca, a rayas, y unos pantalones de pana que le quedaban muy anchos. Y sonreía con satisfacción cada vez que nuestras miradas coincidían. Nos sentamos en una mesa, pidió dos limonadas y me preguntó si me parecía mal que me tuteara.

—No. No me parece mal, al contrario, le agradezco la confianza. Pero aún no me ha dicho el precio del libro...

—No te preocupes, muchacho. Te lo voy a dejar mucho más barato de lo que te crees. De hecho, pienso dártelo gratis. No, no me digas nada —añadió al ver que yo iba a protestar—. Te lo regalaré si... si me lees unas cuantas páginas del libro aquí mismo.

Al ver que yo ya abría el libro para empezar a leer, me interrumpió con un gesto.

—No, ahora no. Primero quisiera que me escucharas tú a mí. ¿Cómo andas de tiempo?

Era, ya lo dije, una mañana de domingo y yo no tenía prisa alguna y así se lo hice saber.

—¡Muy bien, magnífico! —dijo él—. Me imagino que debes de estar un poco sorprendido por mi manera de actuar y por... por el precio del libro, ¿verdad? Y supongo que no entiendes nada de nada. Muy bien, te lo explicaré todo,

palabra por palabra. Pero antes tendrás que dejar que te sorprenda de nuevo: quiero explicarte una historia, mmmm..., fantástica. Un cuento, en realidad. Sí, sí, un cuento un poco largo que se titula El último unicórnalo. ¿De acuerdo?

Todo era muy extravagante, pero el viejo había conseguido despertarme la curiosidad y me repantigué en mi silla dispuesto a escuchar todo lo que aquel curioso personaje quisiera contarme.